

Entrevistas inolvidables



La entrevista tuvo lugar en su domicilio de Houston (Texas). En esta época George Foreman era Pastor y regentaba una pequeña Iglesia.

GEORGE FOREMAN,

TAL COMO ERAMOS

*"Quién ama a un niño ama a Dios, porque Dios está en los niños".

*"Un día escuché por la radio que un tal Cassius Clay boxeaba con Floyd Patterson. Decidí, de repente, ser boxeador".

A Houston le llaman de muchas formas: capital del petróleo, puerta del espacio, banco de Texas y centro mundial del tenis. En su dédalo de pequeñas urbanizaciones entrelazadas por modernas autopistas, uno puede encontrarse de todo, desde el Centro Espacial de la NASA, pasando por la clínica más moderna del mundo en el tratamiento del cáncer o de los problemas coronarios hasta llegar, descendiendo ya a lo cotidiano, a una pequeña calle llamada Pin Oak, que en castellano es algo así como el "alfiler del roble". Ahí vive, ciertamente, un roble de carne y hueso, un tejano negro que quizá sea un caso único --por lo menos insólito-- en la historia universal del boxeo: ha llegado a Dios a través de una descomunal paliza que le propinó en San Juan de Puerto Rico, el 17 de marzo de 1977, Jimmy Young. La única paliza sería de su vida. curiosamente, en el combate de uno de sus múltiples adioses a los cuadriláteros, de los que fue monarca.

Porque ese día, mientras la milagrosa sonda le llevaba el suero a su cansado corazón, George Foreman se abrió a Dios. De repente. Como tocado por una llama. Yo le conocí siendo pastor de almas. Cuando tenía una pequeña iglesia en la barriada de Tomball y diez feligreses cuando más --entre tres y cuatro solían

acudir normalmente a sus actos religiosos-- a los que orientar en los intrincados vericuetos del espíritu. En Estados Unidos puede ocurrir de todo. Hasta que George Foreman cambie el ring por el púlpito, saque su mejor sonrisa y sus mejores palabras para ir de estado en estado, de estadio en estadio, predicando la buena nueva de una nueva religión aún sin nombre.

--A mi iglesia la llamo la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo, para llamarla de algún modo; pero aún no es conocida, no tiene nombre. No es baptista, ni presbiteriana, ni luterana, ni adventista, es, simplemente, mi iglesia. La Iglesia del Pastor Foreman.

Son las nueve de la mañana. George Foreman acaba de regresar de llevar a sus dos hijos mayores al colegio, como un padre cualquiera. Ha hecho su gimnasia de pesas, como todos los días, y mientras su suegra pone orden a facturas y cartas y su mujer juega con el pequeño retoño de la casa, él, muy serio, se instala en el sofa para afrontar la entrevista: "Algo que nunca me ha gustado", ajusta con una sonrisa algo forzada.

--Hábleme de su inspiración divina, de la decisión de servir a Cristo...

--Ocurrió en el vestuario, tras el combate con Jimmy Young, mi último combate. Había recibido tantos golpes que creía que se me iba la vida. Mientras me duchaba perdí la conciencia y me llevaron al hospital. Al despertar exclamé: "¡Aleluya, he vuelto a nacer!". Si creía en Dios, me dije a mi mismo, ¿por qué no servirle?. Y así fue.

Me hice pastor. Tres días a la semana voy a mi iglesia o viajo por el país para predicar.

--¿Qué dice en los sermones?...

--Predico el amor a Dios y a los niños, que viene a ser lo mismo. Quien ama a un niño ama a Dios, porque Dios está en los niños. Hablo también de los derechos humanos, de la igualdad de razas, del amor fraterno. También les digo a la gente que el dinero no es importante.

--¿Le ayuda su nombre a la hora de hacer proselitismo?.

--Cuando voy de Estado en Estado, sí. Se llenan los lugares donde yo predico, quizá por la curiosidad de la gente. Pero aquí, en Houston, no; soy su pastor. La gente que acude a mi pequeña iglesia es para escucharme, no para verme o admirarme. Y acuden pocos, de momento: diez personas máximo.

Esta es la vida actual de George Foreman, quien a sus treinta y cuatro años --nació en la pequeña localidad tejana de Marshall, cerca de la frontera con Louisiana, el 10 de enero de 1949-- ha cambiado radicalmente su forma de pensar y de ser. Incluso su físico, con el pelo rapado, sin bigote y con muchos kilos de más, dista mucho de aquella estampa de fortaleza casi imbatible que daba Foreman sobre el ring. En Foreman las cosas van deprisa. Siempre ha sido así.

--Mi infancia no fue pacífica. Mi padre era ferroviario y lo veía poco, lo que quizá explique muchas cosas. Total, que tuve muchos problemas: a los catorce años me detuvo la policía por conducir sin licencia y, además, borracho; a los dieciséis, me

echaron del colegio donde hacía como que estudiaba... Yo quise ser jugador de fútbol y con esta idea acepté volver a los estudios con una beca del gobierno que había solicitado mi madre. En 1965 nos fuimos a vivir a Green Peace, en el estado de Oregón. Estuvimos seis meses. En 1966 nos mudamos a California, y un día escuché por la radio que un tal Cassius Clay boxeaba con Floyd Patterson. Decidí, de repente, ser boxeador. Y fui al gimnasio para aprender.

--Y, claro, aprendió rápido...

--Muy rápido. Hay que decir que me ayudó mi extraordinaria constitución física: era el más alto y fuerte del gimnasio. Pero me costó sangre aprender: me dieron no pocas palizas en los entrenamientos. Además, recuerdo que mi primer combate informal fue un auténtico desastre. Debí ser a finales de 1966 y acudieron mis amigos a presenciarlo. Estuve tan desastroso, que no se marcharon por eso, porque eran amigos míos. Pero me sirvió de lección y poco a poco fui aprendiendo la técnica necesaria. En febrero de 1967, siento no acordarme del nombre del adversario, disputé mi primer combate serio: gané por K.O. en el primer asalto. El K.O. ha sido una constante en mi carrera. Casi todos los combates los gané así.

--En la Olimpiada de México comienza su escalada hacia la gloria...

--Sí. México fue para mí una plataforma importante. De mi primer combate serio que le hablaba antes, en febrero de 1967, hasta octubre de

1968, que fue la Olimpiada, en que gané la medalla de oro al vencer al soviético Chepulis, había disputado veinticinco combates como amateur y los gané todos.

--En México, mientras atletas como Tommie Smith, Jim Hines o John Carlos reivindicaban el "black power" puño en alto, usted se paseaba con una bandera americana por el ring, ¿por qué?.

--Me paseaba con la bandera para que la gente supiera que era americano. Yo amo mucho a mi país, y mientras los atletas cuando suben al podio ven izarse la bandera, no ocurre así en el boxeo. Así que decidí izarla por mi cuenta una vez terminado el combate. No existe otra significación que la que acabo de decirle.

México-68 es un imborrable recuerdo para George Foreman. Guarda la medalla de oro como su bien máspreciado. Y sus autógrafos, aún hoy, los estampa sobre la fotografía paseando con la bandera de las barras y las estrellas sobre el ring azteca.

--De todos sus combates, ¿cuál recuerda como el mejor?.

--Yo recuerdo todos los combates que gané, que fueron casi todos. Pero quizá, por agradecimiento, tenga que hablar como el mejor de mi vida del combate que me dio la medalla de oro olímpica.

--¿Y de dinero qué, señor Foreman?...

--No me puedo quejar. El combate ante Cassius Clay en Kinshasa, Zaire, me dio una ganancia neta de cinco millones de dólares. Gracias a eso tengo la estabilidad familiar asegurada, porque

normalmente mis ganancias eran de cien mil dólares, lo que no bastaba ni para pagar las facturas del hotel.

--Exagera usted...

--Bueno sí, exagero un poco, naturalmente. Pero el nivel de vida de un campeón es muy elevado. Sólo ahora procuro llevar una existencia moderada y pacífica.

--Acorde con su oficio de pastor...

--Por supuesto... Tengo que dar ejemplo y ser el primero en creer en aquello en lo que predico.

Así es George Foreman, tres días a la semana se va a su pequeña iglesia, se sube al púlpito y habla de la fraternidad, el amor, la trampa de los bienes materiales, cuenta que encuentra a Dios en cada niño, expresa en palabras, en suma, la profunda metamorfosis espiritual que experimentó el 17 de marzo de 1977 y que aún le dura.

--Mi mayor preocupación es hacer que mis hijos tengan una buena educación. Detesto el recuerdo de mi juventud bronquista y analfabeta. Y le voy a contar un secreto: no me gustaría verlos sobre un ring.